

LA ENSEÑANZA

Se dijo en el fascículo anterior que la enseñanza era el problema fundamental de Alcázar, es decir, la solución segura de todos sus problemas, porque logrado eso todo lo demás, como en el Evangelio, se nos daría por añadidura.

¡Que bien, si los hombres que andaban por Alcázar en los tiempos que rememoramos se hubieran percatado de ello y lo hubieran acometido, porque brío no les faltó a algunos, ni golpe de vista, como a Ricardo, ni base a otros, como D. Joaquín, Guerras o los Fernández Checa, Castillo, etc.! Todos ellos asistieron a la evolución de la propiedad y todos ellos pudieron pensar, como tuvo el atisbo de presumir D. Enrique Manzaneque, lo que Alcázar podía ser con sus recursos, pero con sus recursos bien utilizados, bien conocidos y mejorados adecuadamente, porque dejando la tierra convertida en un erial y lo mismo las almas que la poblaban, poco podría adelantarse.

No hay ningún recuerdo de que los técnicos se aproximaran a nuestros campos ni a los demás medios de vida para nada. Si lo hicieron alguna vez no fue por el fruto por lo que se conoció su actuación, como debía.

Nunca hemos tenido por aquí, no ya ingenieros, sino siquiera capataces iniciados en el mejoramiento de los métodos de trabajo.

Nuestros caporales y mayores, casi todos excelentes, con gran personalidad y muchos recordados y aún fotografiados en éstas páginas, lo han sido de mera intuición y atentos a su buen sentido y a la pequeñísima experiencia de sus años de labor, sin que ni ellos ni los amos, conformes con su estado, sintieran nunca necesidad de mejorarlo ni modificarlo con lo que en otros lugares se estuviera haciendo o se hubiera adelantado.

Aún ahora ha cambiado poco la situación.

Todo lo que no sea proporcionar enseñanza profesional a la mayor parte de la población y que haya un experto por cada cierto número de familias servirá de poco, pero un experto que esté en el lugar de su obra trabajando y no en un despacho entregado al comentario trivial o a proyectos imaginarios